

El aprendizaje y legado sanmarquino de Jürgen Golte*

Artículos originales: ANTROPOLOGÍA

Recibido: 20/07/2022

Aprobado: 31/08/2022

Publicado: 29/10/2022

Doris León Gabriel

Universidad de Bonn

doris.leon@uni-bonn.de

ORCID: 0000-0003-1913-399X

RESUMEN

Jürgen Golte fue, a su manera, un disidente. Pero no lo era conscientemente. Su forma de investigar no fue siempre un gesto de rebeldía o una respuesta a cómo se hacía o se hace antropología hoy en día. No obstante, también fue la forma en cómo aprendió a identificar temas interesantes para luego estudiarlos reflexivamente. Quizás la conjunción de su temprana formación sanmarquina y su socialización alemana le permitió desarrollar un pensamiento libre y creativo, el cual se expresó en sus trabajos antropológicos, con hallazgos originales y explicaciones propias que responden a las sociedades específicas que abordaba interactivamente. Fue un antropólogo autorreferencial, no anclado a simples descripciones localistas y sincrónicas. A lo largo de su vida académica, recibió la influencia de diversos autores, asimilando sus aportes como recursos para analizar el mundo que lo rodeaba, sin pasar por alto el carácter histórico-social al que respondían las ideas, y los contrastes entre los momentos estudiados y los momentos vividos por él.

PALABRAS CLAVE: Jürgen Golte, antropología, investigación antropológica, Universidad San Marcos, Perú.

The legacy of the «National University of San Marcos» and the learnings of Jürgen Golte

ABSTRACT

Jürgen Golte was, in his own way, a dissident. But he was not consciously so. His way of doing research was not always a gesture of rebellion or a response to how anthropology was or is being today. However, it was also how he learned to identify interesting topics and then study them reflexively. Perhaps the conjunction of his early training at San Marcos and his German socialization allowed him to develop unrestrained and creative thinking, expressed in his anthropological works, with original findings and his own explanations that responded to the specific societies he interactively approached. He was a self-referential anthropologist, not anchored to simple localist and synchronic descriptions. Throughout his academic life, he was influenced by several authors, assimilating their contributions as resources to analyze the world around him, without overlooking the historical-social character to which the ideas responded, and the contrasts between the moments studied and the moments lived by him.

KEYWORDS: Jürgen Golte, anthropology, anthropological research, San Marcos University, Peru.

* Agradezco a mi amigo y colega César Nureña por la sugerencia de tomar el discurso de Golte como punto de partida para mis reflexiones, ya que era un texto al que volví recientemente al recordar sus ideas fundamentales y más recurrentes. Le agradezco también a César sus comentarios sobre mi manuscrito.

Sin lo que aprendí en esta universidad mi vida hubiera sido otra, mis investigaciones hubieran tomado otro rumbo, pues las lecciones básicas que aprendí en la antropología las he recibido en San Marcos.¹

A sí iniciaba Jürgen Golte su discurso de agradecimiento al recibir la distinción de Doctor Honoris Causa por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos en enero del 2011. Son acaso estas las palabras más sentidas y por ello quizás las más sustanciales de una alocución que destaca las inquietudes y aprendizajes que orientaron más de 50 años de su vida dedicada a la enseñanza e investigación. Son más que una amable introducción, componen un recorrido por sus experiencias y la historia de la época que lo convirtieron en un antropólogo excepcional. Su agradecimiento resulta ser un hermoso homenaje a nuestra universidad como un centro de creación de conocimientos que marcó su vida y su legado intelectual. Me parece este, entonces, el espacio propicio para tomar su discurso como eje articulador de mis reflexiones sobre la relación de su formación universitaria en San Marcos y los derroteros que siguió en su carrera, pero sobre todo, aquellos que él mismo forjó.

Aquel discurso está lleno de memorias e ideas que atravesaron su quehacer antropológico. Ahí da muestra de su maravillosa habilidad para reflexionar en múltiples niveles de pensamiento, halla relaciones que se entrelazan e inscriben en procesos sociales mayores, y abre al mismo tiempo nuevas interrogantes. He intentado identificar esos elementos, que se desprenden unos de otros, como si de una secuencia se tratase, pero cuya lógica en realidad responde más a un tejido de ideas que se conectan todas entre sí. Hay además mucho de nuestras conversaciones, vivencias personales, cariño y admiración en mis palabras, por lo que no pretendo ubicar mi contribución como un mero análisis o resumen de su trayectoria; aunque al mismo tiempo, mi emotividad tampoco la despoja de su carácter analítico. Escribo, en todo caso, como un ejercicio testimonial de comprensión que retrata al gran maestro y amigo entrañable que encontré en Jürgen Golte.

La integración de la enseñanza y la investigación para el desarrollo de la antropología

De su experiencia sanmarquina en los años 60 emerge su forma de hacer antropología, como parte de una generación responsable de importantes estudios antropológicos en comunidades andinas que documentaron su historia y cambios socioculturales atravesados por las relaciones de mercado. El escenario de fondo fue el valle de Chancay, cuyos hallazgos marcaron un punto de quiebre en los estudios sobre comunidades en el Perú por alejarse de las interpretaciones dicotómicas de la época que oponían tradición y modernidad, y en su lugar tematizaron el dinamismo de sus «estructuras tradicionales» como un activo para su integración al mercado, y no una tara que las mantendría atadas a su pasado. Las investigaciones en Pacaraos y Huayopampa son ahora parte de la literatura básica de la formación universitaria en antropología en nuestro país, pero lo que no suele resaltarse es que son aportes hechos por estudiantes sanmarquinos. Sí, bajo la dirección de antropólogos de más experiencia como José Matos Mar (1967) y Fernando Fuenzalida (1968), pero estudiantes en plena formación que ya realizaban investigaciones y tuvieron la oportunidad de publicar en un marco mayor, como el conocido «Proyecto de estudio de cambios en pueblos peruanos» implementado por el entonces Instituto de Etnología de San Marcos, la Universidad de Cornell y el Instituto de Estudios Peruanos. Los resultados se cristalizaron en textos relevantes escritos por estudiantes de antropología, en una época en la que, como reseña el mismo Jürgen, el número reducido de alumnos permitía una cercanía personal e intercambio de ideas más abierto entre ellos y sus maestros. Eran discusiones y aprendizajes que trascendían lo aprendido en las aulas y contribuyeron a que se integraran con confianza a la producción académica. Una producción cuyo carácter se nutría de disciplinas complementarias, cuando la antropología, la etnohistoria y la arqueología andina aún convivían en una sola carrera. Todo ello bajo un principio que él destacó como fundamental en su formación: la unión de la enseñanza y la investigación.

Golte perteneció a una generación de antropólogos formados por personalidades notables como Luis Valcárcel, José María Arguedas, John Murra, Pierre Duviols, entre otros y tuvo la oportunidad de rea-

¹ Todas las citas literales de este texto, a menos que señale su origen específico, pertenecen al discurso de agradecimiento en cuestión.



Jürgen Golte, febrero 2013.

lizar prácticas de investigación en distintas áreas de la disciplina; de modo que su aprendizaje era realmente significativo por la producción propia de conocimientos y no como simple repetición de aquellos creados por otros.

Tuve la suerte de hacer mis prácticas de arqueología en la Huaca de San Marcos, e igualmente las de etnohistoria en el Archivo Arzobispal y las de Antropología en aldeas de la vertiente occidental andina.

Era una época con notorias diferencias frente a la situación del área de ciencias sociales de la universidad hoy en día, que contaba con mayores recursos para la investigación, adecuadas infraestructuras y mejores condiciones para sus docentes. No dudo que el contexto de aquel entonces haya tenido otros matices, no pretendo idelizarlo, sino identificar algunas divergencias que sirvan para repensar los modos de

hacer antropología en el presente de acuerdo a las posibilidades de los estudiantes y docentes como gestores de la antropología. Para Golte estaba claro que su temprana inserción en el trabajo de campo, cuyo referente principal es la interrelación con distintos grupos humanos, fue clave en su formación, porque de ahí surge un derrotero básico de la experiencia de primera mano para la creación de conocimientos.

Hablar de trabajo de campo en el quehacer antropológico es una obviedad², pero es una que no se

² Lo que ahora entendemos como «trabajo de campo» es mucho más amplio y complejo que en las décadas donde se formó Golte, cuando aún no se experimentaba el advenimiento de los espacios digitales, por ejemplo; así que entiéndase campo no como un espacio físico necesariamente, ni el trabajo antropológico como observación participante. Me refiero de modo muy escueto, al trabajo de campo como la fase de recolección de información analizable para crear conocimientos nuevos. Como él me diría alguna vez: «La acumulación de información por el camino que sea, y el pensar sobre lo que se ha observado y anotado es la gracia del proceso de investigación; no la forma específica de recaudar información».



corresponde con la producción académica a decir de la reducida cantidad de tesis de pregrado (y a veces de posgrado) que se presentan en San Marcos y la forma en que están escritas, donde se privilegian los aportes previos de antropólogos reconocidos por sobre los hallazgos originales de sus propios autores. La situación responde a las dificultades que encuentran los estudiantes para conciliar el saber antropológico aprendido mediante las lecturas universitarias y los resultados de sus trabajos etnográficos. Eso fue algo que Golte notó sobre todo en sus últimos años como docente, cuando luego de jubilarse de la Universidad Libre de Berlín en 2010, dictaba regularmente en nuestra casa de estudios. Yo lo conocí alrededor de esos años.

Lo escuché por primera vez en 2008 cuando reemplazó a Carlos Iván Degregori en una clase del curso de Interculturalidad, pero no sería hasta el siguiente año que pude conocerlo como profesor de manera regular. Dictó el Seminario de investigación urbana II en 2009 durante un semestre extraordinario de verano con pocos estudiantes que pudimos interactuar más con él. Entablamos un contacto constante entre las clases y mensajes de correo electrónico donde nos recordaba las tareas a seguir para avanzar en nuestros proyectos y nos pedía que le hagamos preguntas para desarrollar en clase. Muchas veces ofrecía realizar las clases en su casa, como alternativa a las frecuentes huelgas o tomas de facultad. Nos preparaba sus famosos queques, una afectuosa costumbre alemana para recibir visitas a media tarde, de modo que mantenía a sus estudiantes alimentados y entretenidos con las discusiones. La primera vez que nos invitó a su casa nos dio muchas indicaciones y un mapa con su dirección, pero además su número telefónico «para los que después de todo quedarán como cuy en tómbola». Esa fue la primera de muchas muestras de su sentido del humor y amabilidad que construyeron una relación más relajada y cercana con nosotros. Yo era entonces una estudiante dedicada, con muchas ideas en la cabeza pero bastante enredadas aún, un poco insegura y temerosa de expresarlas, que vio en esa simpatía y cortesía, una apertura para plantear sus dudas e ideas con confianza.

Como profesor de un curso netamente de investigación, Jürgen realizaba una honesta tarea de formación y acompañamiento. Nos acompañaba en el proceso de plantear nuestras preguntas de investigación

y las primeras estrategias para el trabajo de campo. Hacía seguimiento de nuestros avances y pensaba los fenómenos estudiados en el marco de problemas más grandes del país, como expresión de cambios y continuidades socioculturales. Estaba muy entusiasmado con nuestras temáticas porque las veía como reflejo de dinámicas nuevas, sobre todo entre las juventudes, que mostraban un cambio generacional en relación a lo que él le había tocado vivir e investigar. Ese año, Golte terminaba de publicar su texto *Moche, cosmología y sociedad: una interpretación iconográfica* (2009) donde se había remontado varios siglos atrás, por lo que empaparse de lo que sus estudiantes más jóvenes querían investigar en las ciudades peruanas contemporáneas fue un contraste grande que lo atrajo. Encontraba nuestros proyectos novedosos, de temas poco explorados aún y eso lo animaba porque él siempre estaba ávido por conocer más. En el proceso de discusiones y aprendizajes de este curso, surgió la idea de *Polifacéticos: jóvenes limeños del siglo XXI* (2011) una reflexión con base en las experiencias investigativas que tuvimos sus estudiantes, las que fuimos diseccionando y dando sentido de la mano de Golte, quien siempre nos estimulaba a pensar en función de problemas nacionales y globales, haciendo uso de la comparación, la búsqueda de relaciones y la contextualización histórica de las sociedades estudiadas. Las ideas emergieron al problematizar nuestras investigaciones, en tanto temas y por la posibilidad misma de dar cuenta de ellos mediante las herramientas que nos ofrecía la antropología. Fue una forma de interpelarnos como investigadores y usar lo desarrollado en clases como insumo para la reflexión antropológica. Esta sería, sin saberlo, su última iniciativa por conciliar la enseñanza y la investigación. Ahí condensaba su interés y visión antropológicos, a través de su doble tarea como profesor e investigador.

Una antropología en función a la vida y cultura de personas concretas

El trabajo antropológico es producto de interrelaciones humanas en contextos específicos. De ello Golte estaba convencido. Su desempeño profesional y sus claras afirmaciones sobre el carácter de la antropología muestran su concepción de las ciencias sociales.

Las ciencias no son discursos en sí, sino que se desarrollan en relación a sociedades y personas humanas iguales a nosotros mismos en lo abstracto, pero particulares y diferentes por su culturalidad específica y las circunstancias históricas y naturales en las cuales se han desarrollado.

Era muy enfático en ello y marcaba una diferencia con el modo de enseñar y hacer antropología en San Marcos en las últimas décadas. Ahí percibió que predominaba la transmisión de discursos aprendidos en «textos clásicos» sin un contrapeso adecuado en una experiencia investigativa que, en contraste, fue parte de su formación y que le permitió construir conocimientos. Su rol como maestro fue prueba de ello. Desde el inicio de nuestros proyectos de investigación en el seminario mencionado antes, nos motivaba a formular «interrogantes científicos a partir de problemas y no a partir de discursos abstractos derivados de enunciados de la antropología a lo largo de su desarrollo». Y estos problemas, agregaría en múltiples ocasiones, surgen de la experiencia. Después de todo, lo que aprendíamos como teoría durante la carrera no era más que lo que ya se había estudiado antes sobre diversos temas, y no verdades incuestionables grabadas en piedra que había que reproducir. Esa era la lógica de su pensamiento, el sentido de dudar y crear. En una de las decenas de conversaciones y mensajes que intercambiamos durante las asesorías de tesis me dijo: «el marco teórico es de la persona que escribe, no es un campo para exponer las ideas de otros». A eso alude su concepción antropológica sobre ubicar en el centro de la investigación a personas concretas con sus vidas y culturas específicas, y no en función de postulados abstractos («teóricos») desvinculados de ellas. Al mismo tiempo la idea de enfocarse en las personas no significa limitarse a una descripción de hechos particulares pero inconexos o aislados de la realidad histórica y cultural de la que forman parte. La antropología que él practicaba y la que nos inculcaba a sus estudiantes requería un análisis de los contextos específicos donde se desenvuelven las personas, y una mirada relacional que identifique los vínculos entre ellas y sus diferentes contextos de interacción. Golte apuntaba a las formas en que las sociedades respondían a las condiciones y retos de su entorno, mediante su capacidad de transformación

y creación, es decir, a la cultura como resultado de adaptaciones³.

Bajo esta forma de investigar y pensar las culturas, todo el bagaje de conocimientos antropológicos previamente construidos son de vital importancia para estimular el pensamiento, enriquecer el sentido crítico y contrastar ideas que aporten a la formulación de explicaciones sobre las diferencias culturales; pero no pueden ser la base para nociones preconcebidas de las que se espera anticipen o den forma a los resultados de una investigación. Parece lógico si retomamos la idea básica de que se hace investigación, por lo general⁴, para explorar nuevos temas, sobre los que no se sabe mucho y por eso precisamente se estudian, para encontrar respuestas y brindar posibles soluciones a problemas. Golte nos instaba a construir nuestras propias explicaciones ante la falta de investigaciones en temas específicos, pero no solo como respuesta obvia a la carencia de fuentes, sino como un ejercicio autónomo de creación científica y una ruptura con el sentido común académico que divide la teoría y práctica antropológica, como formas de conocimiento aislables entre sí. Es esta la negación de la estrecha interrelación entre teoría y hallazgos etnográficos, porque se pierde de vista que la teoría es justamente la explicación basada en el análisis de estos hallazgos. Más aún, la ruptura referida significa también la afirmación de nuestra capacidad analítica y creativa en la formulación de teorías que respondan a nuestros propios problemas como sociedades, y no una simple aplicación o extrapolación de las teorías que investigadores renombrados, especialmente euroamericanos, han creado para entender sus propias sociedades. Jürgen nos interpelaba, entonces, a romper con el eurocentrismo mental o, como diría él, con una manera de pensar subalterna que solo reproduce lo que ya está dicho. Poco o nada interesante ni fértil puede surgir de una solapada forma de obediencia intelectual.

Por eso Jürgen era, a su manera, un disidente. Pero no lo era conscientemente. Su forma de investigar no era siempre un gesto de rebeldía o una respuesta a cómo se hacía o se hace antropología hoy en

3 Retomaré este punto más adelante.

4 No se investiga sobre lo que ya se sabe, a menos que se quieran comprobar teorías o modelos explicativos específicos que abren la posibilidad de relativizar los resultados de estudios previos o probar el cambio de una realidad ya estudiada.

día, sino fue como aprendió a pensar y a investigar. Era quizás la conjunción de su temprana formación sanmarquina y su socialización alemana la que le permitió desarrollar un pensamiento libre y creativo que se expresó en sus trabajos antropológicos, con hallazgos originales y explicaciones propias que responden a las sociedades específicas que abordaba.

Que no se entienda, sin embargo, que Golte fue un antropólogo autorreferencial o anclado a simples descripciones localistas y sincrónicas. A lo largo de su vida académica tuvo la influencia de diversos autores cuyos aportes tomó para pensar y analizar el mundo que lo rodeaba, sin pasar por alto el carácter histórico-social de esas ideas y los contrastes con los momentos estudiados y vividos por él. Carlos Marx, Max Weber y Eric Hobsbawm están entre las más visibles influencias en su perspectiva de análisis, acaso por sus enfoques históricos en sus estudios de los grandes procesos que marcaron a las sociedades occidentales, cuyo impacto se experimenta más allá de las fronteras europeas. Mas tal influencia no era algo que antepusiera a sus hallazgos investigativos; sino más bien le ofrecían por un lado, marcos de comparación para hallar diferencias y similitudes que le permitan comprender a las sociedades andinas en su complejidad e historicidad propia; y por el otro lado, ubicar los procesos macrosociales que atraviesan a las sociedades a nivel global. Su amplio conocimiento sobre diversas sociedades del mundo a través de la literatura antropológica y las ciencias sociales en general, le servía además como casos de contraste para generar nuevas preguntas de investigación. La antropología que practicaba era capaz de preguntarse por qué las sociedades enfrentan de modos distintos los mismos desafíos, y desde ahí empezar a buscar respuestas en diversos ámbitos de la cultura que son particulares a cada sociedad, como su propia historia, política, organización social, etc. Es decir, es posible recurrir a los textos como fuentes e instrumentos para plantearse problemas e hipótesis de trabajo a considerar durante el proceso de investigación, cuyos hallazgos etnográficos puedan contrastarse con las teorías ya existentes. Así, en él era posible reconocer que sus conocimientos desarrollados sobre los Andes y el Perú en general se nutrían de diversas investigaciones alrededor del mundo, por su convencimiento de la utilidad y su dominio del método comparativo antropológico.

Su mirada macrosocial respondía a su interés por entender los problemas de fondo del Perú, aquellos que tocan de manera profunda a sus gentes. Por ello, se ocupó de temas que atraviesan las relaciones sociales en diversos niveles con el trasfondo histórico de la exclusión y jerarquización social pero también en las continuidades del pasado de larga duración como las economías campesinas, formas de organización social, migraciones urbanas, comercios populares y relaciones de mercado, cosmovisiones andinas, iconografías prehispánicas, etc. Jürgen sentía una gran admiración por las sociedades altoandinas porque habían alcanzado desarrollos complejos bajo condiciones naturales muy difíciles y por ello una de sus constantes interrogantes era cómo estas sociedades con tantos logros en el pasado y eminentes culturas productivas han llegado a su situación actual de pobreza y subordinación. Entender esa incongruencia estaba en la base de su motivación para plantearse la mayoría de sus preguntas por los problemas del país.

Su afán por comprendernos como país trascendía un simple interés científico. Él vivió gran parte de su vida en el Perú, experimentó de cerca sus múltiples fracturas y contradicciones. Quizás por eso desarrolló una fineza y sensibilidad para detectar constantemente expresiones de esas brechas en cualquier ámbito, y también del modo en que afrontamos esos problemas. En su proceso de conocimiento tenía un rol importante su capacidad de encontrar en interacciones diarias con personas concretas y el devenir de la vida, preguntas y problemas a los que buscaba responder de manera creativa. Jürgen se nutría del saber cotidiano, ese que la mayoría en el ámbito académico podría considerar anodino, y básicamente de cualquier fuente a su alrededor, de su experiencia personal y también de su intuición. Todo ello le daba profundidad y variedad a su pensamiento, porque encontraba estímulos en diversidad de fuentes. Aunque se le preguntara por temas de los cuales no era estrictamente «especialista», siempre tenía algo interesante que decir, no a través de saberes específicos sobre el asunto, sino por su capacidad de elaborar conexiones con fenómenos sociales más grandes que dialogaban con esas especificidades, al tiempo que formulaba preguntas agudas para complejizar el abordaje a dichos temas. Para mí era el epítome de la antropología, que se pregunta por todo lo que atañe a los seres humanos desde su carácter cultural, por una humanidad a



cuyos problemas le urgía responder partiendo de la vida de personas con quienes es necesario interactuar y no desde elucubraciones desvinculadas en tiempo y espacio. Habría que preguntarnos, por tanto, lo que él ya había hecho antes: ¿la sociedad quiere saber todo lo que producimos? ¿qué es lo que la sociedad quiere de los antropólogos? Solo así se podrá crear conocimiento útil que responda a los retos e interrogantes de la sociedad peruana.

El contexto histórico social para repensar el presente y proyectarse al futuro

Un tema de interés y sobre todo una perspectiva primordial que traspasa todo el trabajo de Golte fue la historia. Su interés encarnaba de manera genuina lo que ahora suena como un cliché pero que no pierde su urgencia en las ciencias sociales: conocer la historia para entender nuestro presente y aportar a la construcción del futuro. Él siempre se detenía en el carácter histórico de las sociedades que investigaba y ponía especial atención a las continuidades en la larga historia cultural⁵. Aquí quisiera desarrollar otro ángulo de su enfoque, el que se detiene en el contexto histórico que lo rodeaba, es decir, el presente como producto de la historia y el impacto de los procesos de cambio social en el desenvolvimiento de las sociedades. Partiré del ejemplo que él mismo brinda en el discurso del que aquí me ocupo: la caída del mundo bipolar.

Jürgen estaba en la capital alemana cuando cayó el muro que dividía su país, dictando clases en la Universidad Libre de Berlín. Fue un acontecimiento emocionante y notable que cambió la configuración de la sociedad alemana y cuestionó una serie de perspectivas políticas. Por ello no es gratuito que a través de este evento él haya querido ilustrar la relevancia del transcurrir de la historia y su manera de enfrentar los retos de su labor antropológica. Este hecho le exigió repensar el presente y las alternativas de desarrollo de las sociedades globales en general, y las andinas

en especial, a las cuales había dedicado ya un par de décadas de estudio.

Podíamos entender, en este sentido, nuestros estudios como la creación de herramientas para que la población pudiera determinar con más conocimiento de causa las posibilidades de su desarrollo. Es cierto que en este sentido el avance del neo-liberalismo (que otorgó al mercado la calidad de ser el rector de la historia) nos dejó a todos la problemática de ubicarnos con nuestros estudios en el contexto social. Si bien no repetíamos el credo liberal, éste sí nos obligó a repensar nuestras ideas sobre la historia y a indagar más profundamente sobre las determinaciones históricas de las culturas y de las identidades.

Fue una experiencia de cuestionamiento que muestra un viraje en el planteamiento de problemas científicos a partir de la experiencia histórica. Se trataba de cierto modo de un cambio de paradigma, a decir de una distinta orientación de las interrogantes hechas por las ciencias sociales. De este cambio del panorama sociopolítico mundial se desprenden dos reacciones tuyas que convergen en una sola: se inclina a ahondar en el significado e impacto de la globalización en sociedades culturalmente diversas y en cómo sus historias de larga data influyen en los caminos que construyen ante estos retos de cambios globales.

Al poner el foco en las particularidades de las sociedades andinas, se detiene en la valía de las éticas por su «importancia primordial en la capacidad para desarrollar caminos propios hacia una modernidad específica». De ahí que las éticas andinas hayan sido una presencia recurrente en sus investigaciones, a las que consideraba recursos culturales desplegados como estrategias de adaptación ante contextos nuevos y adversos, resultando en una relativa movilidad social. Estas éticas serían el impulsor de modernidades diversas en la multiétnica sociedad peruana; universos de valores, saberes y formas de relacionarse ancladas y alimentadas por las culturas andinas. Es una afirmación simple pero que supone un alejamiento del sentido común de la época en un país que desde inicios de la era republicana ha equiparado los Andes con el atraso y la ignorancia, categorías opuestas a lo que aún hasta hoy se entiende como modernidad y desarrollo en el sentido europeo. Nuevamente los resultados de sus reflexiones e investigaciones mostraban que el bagaje cultural andino no solo no era

⁵ En una contribución previa ya había mencionado lo primordial que era para Golte la reflexión sobre la historia y el conocimiento sobre nuestro pasado de larga duración. Desarrollé esta perspectiva en el homenaje «Jürgen Golte y los estudios andinos» realizado por el Instituto de Estudios Peruanos el 2 de setiembre del 2021, disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=OEh-RzvQpKs>



un obstáculo ni se contraponía con la experiencia urbana y globalizada, sino una ventaja comparativa para enfrentar sus retos y construir una modernidad propia. Por tanto, si bien su enfoque estaba en las continuidades culturales como aquellos rasgos que se remontan al sustrato campesino en nuestra antigua historia, se trata de continuidades que estimulan el cambio y la concepción de un futuro. Del examen de la historia cultural andina, no simplifica sus sociedades como conjuntos de elementos inamovibles, mas destaca aquellas permanencias que tienen la capacidad de generar alternativas para el presente.

Aquí Jürgen nos devuelve a la reformulación de las interrogantes y tareas de la antropología, por un lado, y al carácter histórico de sus análisis, por el otro. Para entender a las sociedades actuales y cómo construyen sus diversas modernidades, pensaba, se necesita flexibilizar los conceptos de cultura y abandonar las aproximaciones basadas en modelos ahistóricos heredados de la antropología decimonónica; enfocada en el presente de los «otros», donde la cultura era explicable mediante su funcionamiento, estructuras y relaciones pero sin entender la lógica de su variación histórica. Si bien se trata de una vieja forma de hacer antropología que ya se ha criticado hasta el hartazgo, vale preguntarse cuánto de esa crítica se ha incorporado realmente al trabajo antropológico en las sociedades latinoamericanas que buscan continuamente referentes en la teorías y conceptos desarrollados en Europa y los Estados Unidos para explicar sus propias realidades. Como si nuestras sociedades fueran subsumibles a los modelos europeos, como si no cambiasen, y peor aún, como si nosotros mismos no fuéramos capaces de comprendernos sin los lentes foráneos.

De ahí que Golte nos demandaba una antropología dedicada a la cultura en movimiento y transformación, de construcción y reconstrucción permanente, cuyos elementos están sujetos a una reinterpretación constante de acuerdo a las circunstancias y necesidades cambiantes de su gente a lo largo del tiempo (1999: 96). Esa dinamicidad se corresponde con su aproximación a la cultura, como un conjunto de soluciones que la gente ha desarrollado en su enfrentamiento con la naturaleza y su dominio progresivo sobre ella (439: 1992), lo que podría traducirse al entorno en general, en la medida que las sociedades se van complejizando. Es decir, él concebía la cultura

en gran parte como formas de adaptación a contextos que siempre demandan nuevos desafíos. En esta línea, su reclamo por la historicidad de las culturas implica entender a la gente en un ámbito cultural cambiante, que exige un giro en los enfoques académicos cuyo entendimiento equivocado de la utilidad de las teorías antropológicas lleva a considerarlas como verdades suprahistóricas. Ilustra esta inadecuación con el ejemplo de Marx —cuyas categorías de análisis se han usado indiscriminadamente pero el mismo error se comete con innumerables autores y teorías— para recordar que éste insistía en la historicidad de los hechos y los conceptos, incluyendo aquellos que usaba, porque según él no existían conceptos más allá de su momento histórico de creación, es decir, que no son aplicables a todas las sociedades humanas (110). De eso Golte era bastante consciente: las construcciones teóricas de las ciencias sociales surgen como explicación a las realidades concretas que estudian.

Golte en su reconocimiento de la vitalidad y alcance de las historias de larga duración en las sociedades andinas frente a la globalización, les atribuye a estas una importancia incluso mayor que sus presentes específicos. Eso lo llevó a investigar el pasado prehispánico para comprender el desarrollo cultural en los Andes, a través de su historia material donde se desplegaban sus cosmologías. Sus investigaciones sobre la iconografía andina se adentran en las narraciones visuales sobre el origen de la naturaleza y la sociedad, a través de genealogías de seres antropomorfos, animales y plantas en universos contrapuestos que se conservan en numerosos ceramios, frisos y textiles precolombinos, dando cuenta de un pensamiento de riqueza y complejidad excepcional (2005). Esa mirada al pasado lo hizo más consciente de la relevancia de lo visual como una forma importante de transmisión de historias e ideas de nuestros ancestros, y además de su trascendencia como recurso en la vida diaria contemporánea y progresivamente en la comunicación científica. De aquí le surge una preocupación legítima por un futuro donde la comunicación visual sería predominante frente a la escritura. Aprender a escribir es aún relativamente fácil y accesible, pero crear imágenes ya sea manualmente o mediante el uso de las computadoras, no lo es tanto. La posibilidad de una sociedad donde solo unos puedan crear contenidos visuales, mientras que el resto serían solo receptores o consumidores le hacía pensar



en el peligro de una nueva división social basada en la comunicación, que daría paso a otras formas de desigualdad y exclusión. Una muestra más de cómo su pensamiento aun enfocado en el pasado y el transcurrir de la historia, siempre se proyectaba al futuro⁶.

Aunque sus estudios iconográficos se remontan a fuentes desde el Formativo (2000-200 a.C.) transitando por variadas culturas, de este eje de investigación destacan sus aportes sobre la iconografía moche, en la que se enfocó por el uso de símbolos y códigos muy pautados y explicativos que pudo identificar a través del estudio de miles de ceramios distribuidos en diversos museos europeos y sudamericanos. El análisis de su obra puede ser mejor realizado por especialistas, así que solo mencionaré dos aspectos fundamentales de su contribución en el abordaje a los objetos como espacios de historias. Por un lado, la originalidad de su lectura tridimensional de los huacos para entender las narraciones, demuestra que el objeto mismo y la organización del espacio tienen sentido en una forma particular de entender el mundo. Arriba o abajo, a la derecha o a la izquierda, inmersos en espacios de dos o cuatro planos, todas estas no son posiciones gratuitas. El lugar que ocupan los personajes, símbolos y acciones responde a una lógica de organización y creación del mundo moche, y no a criterios estéticos descritos como abundancia decorativa, como lo muestra la expresión «horror al vacío», usada por Larco Hoyle hace casi un siglo con base en muestras descontextualizadas, pero que a falta de mayor difusión de investigaciones sistemáticas y más profundas se sigue usando en escuelas y medios masivos para referirse a las cerámicas Nasca y Moche. Así lo aprendí durante la secundaria en mi escuela fiscal y recuerdo que cuando se lo conté a Golte casi se cae de espaldas, pero por lo mismo se reafirmaba en su deseo de seguir investigando más sobre las ico-

nografías prehispánicas para reconstruir sus cosmovisiones y sean transmisibles en un lenguaje sencillo y ameno para los peruanos, como lo había hecho de algún modo ya años antes al incursionar en los libros para niños de la mano del dios Quismique, su ayudante Murrup y el perro Fanun (1993, 1994). Sin duda, los hallazgos de su última investigación sobre los Moche tienen implicancias metodológicas e incluso epistemológicas que allanan el camino a futuras investigaciones.

Por otro lado, y quizás más significativamente para el entendimiento de los peruanos sobre su propia historia, la reconstrucción narrativa y su interpretación muestran la complejidad del pensamiento y organización social en los Andes. El trabajo de Golte restituye la invaluable importancia de las imágenes como lenguaje y expresión del entramado social de los moche -y lo mismo se puede decir de otras culturas precolombinas- que, aun siendo ágrafas, experimentaron un desarrollo social complejo y crearon sofisticadas formas de comunicación. Abrió una amplia comprensión del pasado andino y desbarató los prejuicios sobre las sociedades sin escritura, a las que se tiende a considerar como simples, atrasadas o «primitivas» desde un paradigma eurocéntrico.

Para finalizar este recorrido por sus ideas, Jürgen deja en claro que la historia puede ser autoconocimiento y reivindicación. Nos invita a seguir creando conocimiento, y agregaría yo, con la misma generosidad de compartirlo e incentivarlo en los demás, como él lo hizo, aunque quizás sea más difícil hacerle justicia a la sencillez, claridad y gracia con las que traducía incluso sus pensamientos más profundos.

Es mi esperanza que lo publicado hasta ahora sirva de aliciente a otros para que avancen por rutas emparentadas en la recuperación de una memoria histórica parcialmente enterrada por la Conquista. Es que tanto por mi socialización en Europa como por la antropología comparada estoy plenamente convencido que una conciencia de una historia de larga duración es una condición previa para encarar con seguridad la construcción de un futuro propio para cualquier grupo humano.

Jürgen fue un alemán poco convencional. Un peruano a través de sus vivencias. Un antropólogo con una lucidez que trasciende cualquier disciplina social. Un sanmarquino que creía firmemente en la creatividad

6 Jürgen poseía una gran imaginación que se alimentaba de y explicaba su gusto por la ciencia ficción, una afición que compartía con su amigo Carlos Iván Degregori. Más de una vez comentó que ese gusto les venía dado a ambos por el carácter de esta literatura de plantear futuros posibles. Así, su lectura significaba un ejercicio de comparación entre el presente de las sociedades donde vivían y aquellas retratadas en la ciencia ficción; ahí buscaban relaciones y características posibles de volverse realidad en el futuro. Hay, entonces, en su pensamiento una tendencia constante hacia la construcción de un futuro. En conversación sobre su amistad y la obra de Degregori, cuenta un poco sobre este vínculo en un video disponible aquí: <https://www.youtube.com/watch?v=JggNj5RtsMo>

///

y la experiencia como motor de conocimiento. Una figura renovadora e inspiradora en mi carrera y en mi vida. Es mi esperanza que pueda ser esa figura también para cualquiera que se atreva «a pensar por caminos no trajinados», una frase que me regaló en alguna de nuestras tantas conversaciones y que es el reflejo de su fascinante vida.

Referencias bibliográficas

- Golte, Jürgen; Degregori, Carlos; Gálvez, Modesto y Jaime Urrutia (1967). Cambios estructurales y limitaciones ecológicas: proceso histórico de la comunidad de Santa Lucía de Pacaraos. Lima: Instituto de Estudios Peruanos. (Estudios del Valle de Chancay 4)
- Golte, Jürgen; Fuenzalida Fernando; Villarán, José Luis y Teresa Valiente (1968). Estructuras tradicionales y economía de mercado. La comunidad de Indígenas de Huayopampa. Lima: Instituto de Estudios Peruanos. (Estudios etnológicos del valle de Chancay 1)
- Golte, Jürgen (1992). Cultura y naturaleza andinas. en: Eduardo Kingman Garcés (ed.), Ciudades de los Andes; pp. 439-456. Quito: CIUDAD.
- Golte, Jürgen (1993). Los Dioses de Sipan I. Las aventuras del Dios Quismique y su ayudante Murrup. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Golte, Jürgen (1994). Los Dioses de Sipan II. La rebelión contra el Dios Sol. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Golte, Jürgen (1999). Problemas y alternativas de la investigación en antropología. Investigaciones Sociales. Año 3, N°4: 95-110. Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Golte, Jürgen (2005). La construcción de la naturaleza en el mundo prehispánico andino, su continuación en el mundo colonial y en la época moderna. Revista de Antropología, Cuarta Época Año 3(No. 3): 13-62.
- Golte, Jürgen (2009). Moche, Cosmología y Sociedad. Una interpretación iconográfica. Lima: Centro de Estudios Regionales Bartolomé de las Casas; Instituto de Estudios Peruanos.
- Golte, Jürgen (2011). Discurso de agradecimiento a la distinción de Doctor Honoris Causa otorgada por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Disponible en: <https://iep.org.pe/noticias/juergen-golte-recibe-la-distincion-de-doctor-honoris-causa-por-la-universidad-nacional-mayor-de-san-marcos/>
- Golte, Jürgen y Doris León Gabriel (2011). Polifacéticos. Jóvenes limeños del siglo XXI; Lima: Instituto de Estudios Peruanos y Atoq Editores.